

¿El retorno de Juan López?

Pedro Pitarch

Volví a Cancuc a finales de enero de 1994. Había vivido en este conservador pueblo indígena de la tierra fría de Chiapas algunos años antes para llevar a cabo una investigación etnográfica, y ahora regresaba en un momento que no era el mejor para continuar mi trabajo. En el autobús que une San Cristóbal con Cancuc únicamente viajábamos tres indígenas, que venían de comprar aguardiente y ya lo habían comenzado a probar, y yo. Cuando llegué estaba anocheciendo y llovía. La presidencia municipal se encontraba con las luces apagadas y vacía (después supe que los funcionarios, miembros del PRI, hacia muchos días que no pisaban por allí) excepto por un cargo de rango menor a quien no conocía y que, nervioso, me recibió mal. Entonces vi que la iglesia, en el otro extremo de la plaza, tenía las puertas abiertas. En su interior, en el centro, iluminado débilmente por la luz de las velas plantadas sobre el piso, había un grupo de ancianos principales, unos diez. Por suerte algunos eran antiguos amigos y tras saludarnos nos pusimos a conversar.

Estaban haciendo *bik'tal ch'ab*, una compleja ceremonia en la que se «cierran» simbólicamente los límites del municipio mediante oraciones y substancias rituales para evitar así que en él se introduzcan epidemias, nahuales de pueblos vecinos y otros peligros. Pero en esta ocasión la causa era ligeramente distinta: «es para que la guerra no entre en el pueblo». Así llevaban desde principios de enero y por el momento había funcionado. En los primeros días del conflicto, me explicaron, una columna zapatista había partido de Oxchuc rumbo a Cancuc pero cuando alcanzó la raya entre ambos municipios se dio la vuelta y regresó por donde había venido. (Se trata de un episodio poco probable, pero nadie en Cancuc parece dudar de su veracidad hasta hoy.)

Pregunté entonces que opinaban de «la situación». Un principal comentó: «Bueno, no es fácil de pensar. Es una guerra. (Le pregunté si estaba bien o mal). Así debe suceder, así es nuestra vida, hay epidemias, hay inundaciones, hay guerras ¿acaso no conoces la historia de nuestro pueblo? Siempre es así. Así continuará.» Y aprovechó para recordar brevemente algunos episodios de guerras pasadas. Un segundo anciano ofreció una opinión más

técnica: «ahora la guerra está en las cuatro esquinas del mundo (*schikin ye'tal lum balumilal*), solo allí puede comenzar, pero luego vendrá al centro del mundo (es decir, Cancuc, por supuesto), sólo cuando alcance el centro del mundo terminará la guerra. No sabemos si llegará hasta aquí; si rezamos quizá no llegue hasta nuestro pueblo; para eso rezamos, para que la guerra se calme un poco.» Otro principal, seguro, añadió: «Todavía no vamos a tener guerra, hasta que no se termine en las esquinas del mundo, hasta que no se agote allí no llegará hasta aquí; sólo entonces llegará la guerra a Cancuc; ahora se va acercando poco a poco.» Así continuó la conversación hasta que en un momento dado alguien dijo:

–Bueno, ese *señor* que habla tanto en la selva (el *subcomandante* Marcos), dicen que puede ser Juan López.

La observación me sorprendió, aunque quizá no tanto.

–Así es, dicen que lleva un sombrero como Juan López, un «pasamontañas» (*spojsil jolol*) ¿No conoces la historia de Juan López? Ahora sucede lo mismo. Algunos dicen que puede ser Juan López que ha regresado; dicen que vive en los árboles, en la selva.

¿Quién es Juan López? ¿Y por qué Marcos, el dirigente del Ejército Zapatista, puede ser aquel, su avatar? Para decirlo pronto, Juan López es un héroe que defendió a los indígenas de Cancuc en una antigua guerra que libraron contra las autoridades coloniales españolas. Pero aquí el título de «héroe» y su destino no es tan lisonjero como pudiera parecer a primera vista. Para entender la razón debemos recordar la leyenda tzeltal que cuenta sus aventuras.

Antiguamente el pueblo de Cancuc estaba amenazado por el Presidente de Guatemala. Los soldados del Presidente se dirigían a Cancuc para dominarlo. Pero antes, en la tierra de Bachajón, una mujer había tenido relaciones con un Dueño del Cerro (un poderoso personaje que vive en el interior de las montañas), quedó embarazada y a los veinte días dio a luz en una cueva. Así nació a Juan López. Cuando supo que había guerra, Juan López se presentó en Cancuc y con alguna dificultad, pues era prácticamente un niño, convenció a los principales de que él solo vencería a los soldados. Se encaramó a la torre de la iglesia. Aparecieron los soldados por el camino y comenzaron a dispararle con sus rifles. Pero Juan tenía un sombrero prodigioso; con él recogía las balas que le disparaban los soldados y se las devolvía, matándoles. De ese modo él solo derrotó a los soldados. Después de varios ataques, el gobierno de Guatemala tuvo que admitir que no podía vencer al pueblo de Cancuc. Pasó el tiempo y los ancianos principales le preguntaron a Juan López cómo podían pagarle el haberles defendido. En un principio Juan dijo no querer recibir ninguna recompensa, pero un día hizo saber lo que realmente desea-

ba: «la mitad del alma del pueblo» (*ch'ulel olil te lum*), es decir la mitad de sus tierras, la mitad de sus mujeres, en fin, la mitad de su riqueza. No podía ser, quedarían de nuevo arruinados. Por fin los principales tramaron asesinarle. Una noche celebraron una fiesta y le invitaron a beber aguardiente, y cuando estaba ya muy embriagado le mataron asestándole un hachazo en la nuca. Entonces le arrojaron a una profunda sima que se encuentra detrás de la iglesia. Pero Juan López no murió definitivamente. Resucitó, y se dice que vive en el interior de la tierra. Cuando le arrojaron a la sima su sombrero quedó en el borde; más tarde envió un colibrí (casi con toda seguridad, uno de sus nahuales) para recuperarlo. Desaparecido Juan López, el gobierno marchó con su ejército y, ya sin resistencia, conquistó el pueblo.

El relato –que aquí he presentado de manera muy resumida– se desarrolla durante la guerra de 1712, aquella formidable sublevación indígena que durante unos meses hizo tambalearse los cimientos del régimen colonial en la provincia de Chiapas y cuyo foco fue precisamente el pueblo de Cancuc. Por lo general, los narradores de esta leyenda suelen concluir explicando que, en efecto, Juan López no ha muerto: inmortal, reside en el interior de la tierra y es posible que, si se abate una nueva guerra sobre Cancuc, regrese para defender al pueblo, aunque este último es un punto incierto en el que no todos los cancuqueros coinciden. No obstante, unos meses antes de la sublevación zapatista, dicen, Juan López se apareció en algún lugar. Una de las versiones de este presagio, que escuché en 1995, ocurrió en la aldea de Tzuluwits. Pasó andando por allí y tenía el aspecto de un niño de diez o doce años, habló con un anciano a quien le explicó: «Ustedes creen que estoy muerto, pero no es así, estoy en el lugar otro, no vivo sobre la superficie de la tierra. No deben temer nada, si llega la guerra a Cancuc yo regresaré para defenderles». Y desapareció inmediatamente. Pregunté si el encuentro había sido un sueño, pero no, el anciano estaba despierto.

La posibilidad del regreso de Juan López contribuye a explicar que el subcomandante Marcos pueda ser identificado con él. Y sin duda, el hecho de que Marcos se cubra con un pasamontañas facilita la conexión con Juan López a través de su sombrero mágico, su atributo más conspicuo. Se supone también que, como Juan López, Marcos posee trece nahuales que le protegen: colibrí, rayo, viento, tigre... (Por su parte, algunos ladinos de San Cristóbal parecen creer, de acuerdo con sus propias ideas sobre el poder sobrenatural, que la invulnerabilidad de Marcos a los disparos es resultado de un pacto –mafia [*sic*]– con el diablo).

Ahora bien, un héroe indígena no es lo mismo que un héroe de nuestra tradición. El Marcos mexicano se modela, y él mismo vive su personaje,

como un héroe característico de la tradición mediterránea en su prolongación latinoamericana. Renunciando a todo y a todos, se aparta de la sociedad, su sociedad, para instalarse durante cierto tiempo en los márgenes. Sólo así, desde el poder que otorga el límite –los indios, la selva (el equivalente del desierto de los santos mediterráneos)– es capaz de ganar la autoridad moral y por tanto política para ofrecer un mundo nuevo. Como insiste el propio Marcos, es un renacido. Y este es un detalle esencial para la creación del héroe; la separación entre lo que era y lo que será. Nada de su vida anterior hace presagiar el luminoso destino que le aguarda, excepto quizá algún signo aislado. En 1995 el semanario *Proceso* publicaba una serie de artículos que indagaba en la infancia y juventud de Marcos y que se ajustan impecablemente al proceso de creación del héroe; las declaraciones de los entrevistados que le conocieron son de un mismo tenor: «Era una persona normal». Pero también en su retrato se desliza invariablemente algún pequeño detalle del carácter del futuro héroe. (Será interesante descubrir, si de verdad llega a fraguar alguno de los proyectos que existen en los EE.UU. de llevar al cine al personaje de Marcos, cómo le representan allí ¿quizá como un personaje sentimental y desbordante de optimismo?)

En contraste, los héroes indígenas poseen una ambigua valencia moral. No es otro el argumento de la leyenda de Juan López: un hombre fuerte (*tulan winik*) defiende con éxito a los indígenas de la amenaza de los soldados castellanos, pero una vez que ha cumplido su misión se vuelve en contra de los mismos que ha defendido; como recompensa exige nada menos que la mitad del pueblo. En efecto, los dirigentes, sobre todo aquellos que surgen en períodos de crisis y que se arrogan funciones militares, están sumidos en una profunda ambivalencia: quizá necesarios en algunos momentos, pasan a convertirse en otros en una pesada carga de la que no hay otro remedio que desembarazarse. Encarnan en una sola persona, y simultáneamente, al héroe y al antihéroe. Así pues, el trágico final de Juan López no tiene nada de sorprendente para los cancuqueros. Aquí no cabe hablar de «traición» del héroe porque su actitud es totalmente previsible; no hace sino limitarse a cumplir con un destino asignado de antemano. Bien pensado, el episodio en que Juan López es embriagado y muerto de un corte en la nuca no es un vulgar asesinato; se trata más bien de un sacrificio ritual. Si los héroes mediterráneos se hacen, los indígenas nacen.

Buena parte de esa ambivalencia reside en que los héroes indígenas en realidad no son propiamente indígenas. O bien tienen una filiación étnica híbrida, o bien son directamente *kaxlanetik* («castellanos»), gentes europeas o mexicanas. El padre de Juan López, por ejemplo, es un Dueño del